

Homilía pronunciada por el Emmo. Cardenal Amleto G. Cicognani, Legado Pontificio para la Clausura del Año Jubilar Paulino

(Tarragona, 26-1-1964)

En una antigua obra de artesanía paleocristiana, una lámpara en forma de navecilla, el Apóstol de las Gentes está representado en acto de surcar los mares juntamente con San Pedro ¹, el cual, sentado en la popa, maneja el timón con atenta seguridad, y Pablo, derecho en pie en la proa, rígido y con los brazos abiertos, otea con resolución y confianza el lejano horizonte, mientras enfurecidas ráfagas del mar se dejan sentir embravecidas.

Los dos Apóstoles se dan a la vela con manifiesta alegría, conscientes de recorrer los caminos del Señor, de corresponder a una vocación, y de cumplir una misión divina. Pablo, con la frente cargada de ideas y serena al mismo tiempo, demuestra no estar turbado por preocupación alguna, superado ya todo temor humano tras múltiples y amargas experiencias, como de ello él mismo da fe en la carta segunda a los Corintios. «...ter naufragium feci, nocte ac die in profundo maris fui... periculis fluminum... in labore, in aerumna, in vigiliis multis, in fame, in siti...» ².

1. Representación simbólica atribuida a Valerio Severo.

2. 2 Cor. XI, 25-26.

Es evidente que en aquella representación Pablo está arrebatado por el deseo apostólico de que las tierras a que él se dirige, se conviertan en campos de su evangelización, y está como alegrado por la esperanza de ricas mieses.

«PROFICISCAR IN HISPANIAM»

En la carta que desde Corinto escribió a los Romanos al momento de ir a visitarlos, Pablo recuerda, exactamente dos veces, su proyecto de viaje a España, y son conocidas sus palabras al respecto: «Cum in Hispaniam proficisci coepero, spero quod praeteriens videam vos, et a vobis deducar illuc, si vobis primum ex parte fructus fuero» ³.

Sigue una alusión a las necesidades de los fieles de Jerusalén que él habrá de socorrer —ministrare sanctis— con aquellas ayudas que se han recogido en Macedonia y en Acaya precisamente para los pobres de aquella ciudad. Realizado este ministerio de caridad —«hoc igitur cum consummavero, et assignavero eis fructum hunc» el Apóstol —lo repite todavía a los Romanos— llevará a la práctica el propósito de visitar España: «proficiscar in Hispaniam. Scio autem quoniam veniens ad vos, in abundantia benedictionis Evangelii Christi veniam» ⁴.

Pablo se dirige a los cristianos de Roma como pidiéndoles ayuda y colaboración para poder mejor actuar el viaje a España que considera grande y santa empresa, anunciada expresamente en la carta dirigida a los cristianos de la capital del Imperio de los Césares.

El propósito de San Pablo dejó una impresión hondísima y suscitó en los fieles de Roma vastísimo eco, como atestigua San Clemente en su carta a los de Corinto y según confirman otros Padres y escritores de la antigüedad: aquella decisión apostólica de Pablo quedó consagrada y como eternizada en las

3. Rom. XV, 24.

4. Rom. XV, 28-29.

crónicas, fue recordada en las plegarias litúrgicas y en los monumentos, estuvo siempre viva y sentida en el alma del pueblo español, y fue comentada por los estudiosos de las Cartas paulinas y de las Ciencias históricas.

Fundar iglesias y robustecerlas en la fe fue vocación específica de Pablo: «*vocatus Apostolus, segregatus in Evangelium Dei*»⁵ desde cuando en Damasco la luz de Cristo lo iluminó: «Saulo, Saulo, por qué me persigues», haciéndole comprender con certeza inmediata que Cristo, Hijo de Dios, le hablaba con una intención personalísima, transformándolo de perseguidor en Apóstol suyo.

Dio él en seguida actuación a la misión recibida de evangelizador de las gentes, iniciando con madura diligencia sus viajes, y en la cuarta gran misión, que probablemente tuvo lugar en la primavera del año 64, llegó aquí, a los confines de Occidente, según escribe San Clemente a los Corintios⁶. ¿Quién le indujo a ello? Desde la llamada de Damasco él no vivió sino para el Señor; «*Mihi enim vivere Christus est*»⁷, y su meditación constante y exclusiva fue la palabra de Cristo, el Evangelio, mientras el tema único de su predicación fue Cristo, y Cristo crucificado.

¿QUE HABRA DICHO? ¿DE QUE HABRA HABLADO?

Cuando se presentaba a los pueblos, estaba profundamente poseído de su derecho y deber de predicar, habiendo recibido del cielo las credenciales de su evangelización, y con esta clara conciencia habrá hablado también a las gentes de España: «*Notum enim vobis facio, fratres, Evangelium, quod evangelizatum est a me, quia non est secundum hominem. Neque ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu Christi*»⁸.

5. Rom. I, 1.

6. I Cor. V.

7. Phil. I, 21.

8. Gal. I, 11-12.

a) DE JESUCRISTO

Tal seguridad era manifestación y fruto de una esperanza divina, y por muy diversas, contradictorias y múltiples que fueran las creencias de los oyentes, él, con claridad manifiesta, predicaba a Cristo crucificado, «escándalo para los Judíos, necesidad para los Gentiles» ⁹, sin temor alguno de ser desmentido y sin respeto humano: «Non erubesco Evangelium» ¹⁰.

La doctrina del Hijo de Dios debe aceptarse con integridad absoluta, porque viene de Dios, es «fuerza de Dios para la salvación de todo creyente» ¹¹, es la doctrina del reino de Dios. Este reino tiene diversas y sucesivas manifestaciones; en el cielo es vida eterna, en la tierra la Iglesia, en el alma del creyente paz, gracia, redención y salud.

«Adveniat regnum tuum», pues, venga Cristo Rey y reine entre nosotros: «Oportet Christum regnare» ¹², siendo El el Rey de todos y de cada uno. Reine por lo tanto en las mentes, en los corazones, en las familias, en la sociedad, dirija a quienes rigen los pueblos, y reine por doquier, hasta los últimos confines de la tierra.

Ahora bien, ¿qué profunda impresión habrá dejado Pablo en los ánimos de los oyentes? Su palabra era fuego y llama, penetrante como hierro afilado, «gladius spiritus quod est verbum Dei» ¹³, y justificaba así la representación tradicional del Apóstol con la espada en mano.

¿En qué manera se habrá, pues, presentado Pablo a vuestros antepasados? Ciertamente habrá tenido la convicción de encontrarse en la extremidad de la tierra ante las columnas de Hércules, y de realizar así, con evidente satisfacción y alegría de su

9. I Cor. I, 23.

10. Gal. I, 11.

11. Rom. I, 16.

12. I Cor. XV, 25.

13. Ef. VI, 17.

corazón apostólico, el pasaje inspirado: «in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum»¹⁴.

Se habrá dado ante todo el título de enviado de Cristo y de hombre de paz, según podemos deducir de sus cartas, todas ellas sembradas de anuncios de paz y de gracia divina: «*Gratia vobis, et pax a Deo Patre, et Domino Nostro Jesu Christo* ».

Habrà encuadrado en el designio universal de Dios, la aparición histórica de Jesucristo en el mundo, y habrá comunicado a los espíritus ansiosos de luz y maravillados por la grandeza de las cosas oídas, los pasos de su nacimiento, de la vida y muerte del Hijo de Dios, pero sobre todo de su resurrección, sello último de nuestra fe, convenciendo con toda la fuerza de persuasión y de credibilidad que podía ofrecer a sus oyentes, a través de la confirmación por medio de testigos todavía en vida.

Habrà manifestado con acentos de conmoción y reconocimiento las milagrosas circunstancias de su excelsa vocación y los pasos de su transformación, cuando su corazón comenzó a arder de amor intensísimo al Señor —«*Cor Pauli, cor Christi*»— y, como consecuencia generosa, a hacerse todo para todos, con el fin de llevar todos hacia Cristo y hacia la salvación.

Con estos coloquios los preparaba a recibir la excelsa gracia de la fe.

Los grandes temas de las cartas paulinas son la Fe y la Caridad, a cuya luz son tratados todos los demás argumentos que con ellas están íntimamente unidos, ya que tales virtudes representan los dos grandes ejes de la interpretación auténtica y última de todas las manifestaciones de a vida. Y es de creer que, en torno a estas dos ideas-clave, el Apóstol habrá hecho girar también su predicación y habrá así conquistado el alma del pueblo ibérico con la cegadora luz que irradian estos dos faros de la nueva «creación» del hombre.

14. Rom. X, 18.

b) DE LA FE

Fe en Cristo Hijo de Dios, salvador y remunerador, y Amor a El. *Fe* y *Amor*, capaces de renovar los espíritus y de darnos una humanidad transformada, no ya pagana y sujeta a las angustias de una visión terrena, sino liberada por el Espíritu y abierta a la Gracia, haciendo de cada hombre una nueva criatura.

Es en la Epístola a los Gálatas, tan rica de acentos autobiográficos, donde el Apóstol especifica el significado fundamental del rescate obrado por Cristo, de la divina Redención, constituyendo así la «Magna Charta» de la libertad cristiana que en la Epístola a los Romanos halla su perfeccionamiento y más completa exposición, con una riqueza de tonos luminosos.

También de las gentes de España quiere él hacer nuevas criaturas: que cada hijo de esta tierra sea elevado a la vida de Gracia, haciéndose hijo de Dios viviente y heredero del cielo. Esta era la gran novedad, éste era anuncio divino que constituye la extraordinaria misión que Cristo mismo, Señor nuestro, le confió, y que suscita en las entrañas de Pablo una sobrehumana riqueza de ardor y de amor hacia todos los hombres, pero en particular hacia aquellos conquistados por su palabra y por su celo apostólico.

Nos parece sentir la profunda vibración de su afecto paterno al leer: «Pensábamos en vosotros y estábamos de tal manera apasionados por vosotros, que deseábamos con ansia comunicaros no sólo el Evangelio, sino daros también hasta nuestra misma vida»¹⁵.

Y he aquí el anuncio: «La gracia de Dios, Salvador nuestro, ha iluminado a todos los hombres, enseñándonos que renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo, aguardando la bienaven-

15. I Tess., II, 8.

turanza esperada y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» ¹⁶.

Y sella esta sublime aserción, con la convicción de quien sabe que dice la verdad, de quien sabe que ha recibido del cielo las propias credenciales: «Yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado» ¹⁷.

Nueva era la doctrina propuesta, si bien enriquecida ya con tantos testimonios en todas las partes de la tierra, y —por otra parte— no podía ser fácil abandonar las viejas creencias, profundamente arraigadas en las conciencias, en las tradiciones familiares, y por tanto amadas e incitantes. Pero Pablo alentaba a sus nuevos oyentes, aún inciertos, con su ejemplo de férvido y tenaz cumplidor de la vieja Ley y de fidelísimo observante de las tradiciones judaicas, hasta el momento en que fue transformado espiritualmente por el esplendor de la verdad cristiana y comenzó a vivir sólo para Jesús; «Vivit vero in me Christus!» Por eso invitaba a abandonar los viejos ídolos y a creer y a unirse a Dios con toda el alma—: «Que Dios existe y es remunerador de los que le buscan» ¹⁸— hasta hacer de la Fe en Cristo nuestra propia vida, siendo de tal forma justos: «El justo mío vivirá de la fe» ¹⁹.

c) DE LA CARIDAD

Mas la fe no es una adhesión simplemente intelectual, sino que debe ser viva y operante, capaz de manifestarse en obras de caridad, de amor a Dios y amor al prójimo: «La fe que opera animada de la caridad» ²⁰.

Con qué encendido ardor habrá hablado Pablo de la caridad animándose con acentos llenos de profunda convicción y de ex-

16. Tito II. 11-13.

17. I Cor. XI, 23.

18. Hebr. XI. 6.

19. Hebr. X. 28.

20. Gal., V, 6.

perencia personal, presentándola, como hacia siempre que predicaba a Cristo, como el valor más precioso de la vida cristiana como el más alto deber, como la solución definitiva: «Sobre todo, mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfección» ²¹.

«Todas vuestras cosas háganse en caridad» ²²; «ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos» ²³.

Caminar en el amor, teniendo presente el ejemplo de Cristo, entregado completamente a los hombres, porque la caridad es «el fin de los mandamientos» ²⁴, «el cumplimiento de la ley» ²⁵, y, mientras en la vida eterna la fe y la esperanza han de hallar su coronación, la caridad no ha de extinguirse, ya que continuaremos amándonos con un amor que ha de permanecer en nosotros como gozoso y anhelado deber recíproco, por toda la eternidad.

Cuando la caridad de Cristo penetra en el corazón del hombre e invade totalmente su personalidad, entonces se convierte en un fuego que devora, en una alegría sin fronteras, en una fuerza que subyuga, de modo que, como Pablo decía en términos dramáticos a sus oyentes, ningún obstáculo o dificultad podrá privarnos de ella: «¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el riesgo? ¿O la persecución? ¿O el cuchillo? Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo, nuestro Señor» ²⁶.

21. Col. III, 14.

22. I Cor. XVII, 14.

23. Efes. V, 2.

24. I Tim. I, 5.

25. Rom. XIII, 10.

26. Rom. VIII, 35, 38, 39.

LA SEMILLA DEL APOSTOL GERMINA EN ESPAÑA

La grata admiración que suscitan en todo corazón cristiano las grandes enseñanzas del Apóstol, tan ricas para una interpretación profunda, esencial y luminosa de la verdad revelada, debe adquirir entre vosotros un tono excelso, una altura sublime, ya que su palabra misionera ha dejado caer aquí una semilla de amor divino que, a través de los siglos, ha ido germinando y desarrollándose de modo admirable, dando esos tan preciosos y abundantes frutos que constituyen hoy la razón de la grandeza de la España profundamente cristiana, de la España católica.

Nos vienen a la memoria las figuras de los grandes Obispos que han edificado y regido las comunidades de España desde los albores del Cristianismo hasta nuestros días con la doctrina y el ejemplo, como un Osio de Córdoba, el invicto defensor de la Fe y Legado Papal al primer Concilio Ecuménico de Nicea en el 325, y que han dado vida a concilios provinciales de tanta importancia, como los de Toledo, que fueron escuela de santidad y de doctrina.

Muchos son los Santos de España que han cumplido una misión heroica y altamente civilizadora, como la lucha por la liberación de la esclavitud, emprendida por Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort junto con el Rey Jaime de Aragón; y a éstos querría acercar una figura que me es particularmente familiar, la de Fray Junipero Serra, gran temple de apóstol y civilizador, a quien mi larga permanencia en los Estados Unidos de América me hizo admirar y amar, a quien constantemente se recuerda con devoción y afecto como a padre de California, a quien se cuenta entre los Grandes del Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón.

INFLUJO EVANGELICO

Profundos influjos de lozanía evangélica han tenido para España y para el mundo, los magníficos florecimientos espirituales que brotaron en torno a los ínclitos Fundadores: Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola - Iñigo (fuego) «*Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?*» con San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Alfonso Rodríguez; San Juan de la Cruz, con Santa Teresa, la mujer del corazón traspasado por el Amor; los Franciscanos San Pedro de Alcántara y San Diego, humilde lego que, primeramente en el Convento de Arifaza en España, después en las Canarias y en Santa María de Araceli en Roma, llevó tantas almas al Señor con su profundo amor Eucarístico.

De España, además, se ha difundido siempre una luz, intensa y clara, de sabiduría y de doctrina, desde aquellos insignes maestros de la fe, como San Isidoro y San Leandro, hasta las grandes mentes del siglo xvi, como Vitoria, Soto, Suárez, que todavía siguen comunicando agudeza de perspectiva y seguridad de convencimientos. Sus teólogos llevaron al Concilio de Trento una madura competencia y una clara ortodoxia que era fruto, sobre todo, de la tradición y de la atmósfera reinantes en las familias, en las escuelas, en las parroquias donde ellos habían aprendido las primeras nociones de catecismo y los fundamentos de una enseñanza que era tan general, tan continua y tan eficaz, hasta el punto de justificar el dicho, todavía repetido, de que «en España hasta los niños son teólogos».

«VOSOTROS, ARADA DE DIOS»

Al contemplar con gozosa admiración este grandioso cuadro de vida católica que España ha elaborado a través de los siglos, me viene espontáneo el dirigir a vosotros la expresión de alto elogio que San Pablo envió a los fieles de Corinto: «Vosotros sois arada de Dios, edificación de Dios», frases de honor y de gloria para vosotros, pueblo de España, exaltación de vuestra fe,

admiración por vuestra inspiración cristiana que ha penetrado en instituciones civiles y en gestas de civilización, exhortación para cumplir fervientemente las propias responsabilidades de la fe.

¡Hijos espirituales del Apóstol de las Gentes, engendrados en Cristo por su impulso misionero! Habéis recibido un grande privilegio que debe ser frecuentemente objeto de vuestra reflexión. Y precisamente Vuestro Eminentísimo Arzobispo, consciente de este honor, ha convocado a todo el pueblo español, a la entera Nación, para solemnizar la fecha de la venida de San Pablo hasta vosotros, llevando a cabo una serie de iniciativas a fin de que ese día tan glorioso quedase imperecedero en vuestra memoria y en vuestra historia. Por eso, el Eminentísimo Cardenal proveyó en enriquecer con santas indulgencias las plegarias y los ejercicios de piedad en honor del Apóstol, quiso que la preciosísima reliquia de su infatigable brazo, traído de la Isla de Malta, quedase entre vosotros durante el periodo de estas celebraciones como prenda de bendición, hizo también que se formase una Junta Nacional y otra local que promoviesen sagradas funciones, peregrinaciones piadosas, asambleas pastorales e intelectuales, estudios históricos paulinos.

No hay duda de que la celebración del décimonono centenario del arribo de San Pablo a vuestras costas, ha tenido un influjo saludable en vuestros espíritus, vigorizando los buenos propósitos y confirmando los ideales de verdadera grandeza, para gloria de Dios y servicio de vuestra Patria, dando una prueba más de aquella generosidad con la que siempre habéis correspondido al grande privilegio que os donó la Providencia haciéndoos nacer a la fe por la palabra de fuego del Gran Apóstol.

Veo una semejanza, profundísima, evidente, diría casi una correspondencia de líneas, entre el alma enardecida de Pablo y la generosidad vivacísima de vuestro espíritu, que ha sabido afrontar durante el curso de una historia gloriosa, aventuras épicas y empresas heroicas para defender la fe, tan abiertamente aquí profesada e invictamente mantenida, como en cumplimiento del lema paulino «in omnibus sumentes scutum fidei».

Y en esta atenta vigilancia de una Nación que, a todo trance,

desea conservar su propia fe católica —como lo demostraron una vez más acontecimientos todavía recientes—, hay un eco clarísimo de aquella convicción profunda, de aquel ardor generoso, de aquella entrega gozosa, de aquella felicidad vivida, que hacían exclamar a San Pablo: «quién nos podrá separar del amor de Cristo», y que hoy congregan a un pueblo entero en torno al grande patrimonio de su catolicismo, que lo viene viendo desde hace veinte siglos como elevación para los valores eternos, como garantía de los afectos familiares, como inspiración para las empresas sublimes.

PRESENCIA ESPIRITUAL DEL PAPA

CONCLUSION:

El Santo Padre, al despedirme de El junto con la Misión Pontificia, ha querido decirnos: «Estaremos presente en espíritu a las solemnidades de estos días. Nos congratulamos de que España honre con estas fiestas a San Pablo de quien, como Vicario de Cristo, hemos querido tomar el nombre. Y nos consideramos presente también a ellas por el gran afecto que profesamos a esa noble Nación cuya fe católica ha sido siempre de ejemplo al mundo. No una sola, sino mil bendiciones para su Clero y laicado. Oramos confiando que los frutos de estas celebraciones sean muy fecundos; que de ellas todos salgan fortalecidos en la virtud».

Dentro de poco oiremos su misma voz, y con ella nos llegará Su Bendición.

Que Dios Nuestro Señor asista siempre a España y que San Pablo la proteja. ¡Así sea!